

Un Estado dentro del Estado

Luis Cordero Vega



“Se mandan solos” fue la expresión más recurrentemente utilizada por políticos y columnistas para referirse a la situación ocurrida en el Ejército, tras la filtración de las declaraciones de su comandante en jefe. Pero esto, que a muchos pareciera sorprender, es la consecuencia de un diseño institucional y una cultura desarrollada a su alrededor que ha transformado en excepcional el control civil de las Fuerzas Armadas.

Tras el modelo impuesto por la dictadura, las FF.AA. han gozado de una autonomía que ninguna otra institución del sistema democrático tiene. Su sistema de financiamiento —con fondos provenientes de la Ley del Cobre— les ha permitido ingresos permanentes al margen de los establecidos en la Ley de Presupuestos; han gozado de libertad en la gestión de su patrimonio, especialmente a través de los patrimonios de afectación fiscal, mecanismo que las ha transformado en verdaderas gestoras inmobiliarias; sus dotacio-

nes son calificadas de reservadas porque se puede afectar la seguridad nacional, cuestión que en el último tiempo ha sido sistemáticamente ratificada por la Corte Suprema; gestionan bienes públicos o regulan actividades de interés económico —como el borde costero o las empresas de seguridad privada— en las cuales existen los mismos problemas de puerta giratoria que en otros ámbitos; son responsables de empresas del Estado cuyo gobierno corporativo está a cargo de la oficialidad, empresas que a su vez tienen autorización para constituir filiales de difícil o imposible control público, y gozan, finalmente, de grandes poderes de compra, sujetos a una amplia discrecionalidad y con altos grados de opacidad, una combinación perfecta, como señala la literatura especializada, para facilitar la corrupción.

Si a esto agregamos que las instituciones armadas disponen de un régimen previsional y de salud separado del resto de los chilenos y sobre el cual existen evi-

dentos privilegios, así como la deslealtad que han demostrado en la entrega de información sobre violaciones a los derechos humanos, la idea de tener un Estado dentro del Estado pareciera no ser tan lejana de la realidad.

Desde el retorno a la democracia ese modelo no sólo se ha mantenido; por el contrario, se protegió creyendo que en la posibilidad de remover a los comandantes en jefe estaba el verdadero poder civil. Esa ingenuidad es la misma que hoy cree que sólo regulando las compras de armamento es posible resolver estos problemas. Lo que al parecer no hemos entendido es que el problema es mucho mayor.

Es un sistema institucional diseñado originalmente para establecer su completa autonomía del poder civil, generando una cultura que será difícil de cambiar no sólo en las Fuerzas Armadas, sino que también en la política, que ha aceptado esta anormalidad desde 1990 hasta hoy.

“Desde el retorno a la democracia el modelo de autonomía de las FF.AA. no sólo se ha mantenido; por el contrario, se protegió”.

La tregua de los 90 días

Cristina Bitar



El G20 que ocurrió el pasado fin de semana en Buenos Aires tendrá un montón de historias para la posteridad. Más allá de los chascarrillos ocurridos con la organización, que muestran lo complejo de poner en marcha una reunión de este tipo, hubo importantes reuniones al más alto nivel que, a diferencia de muchos de estos encuentros, tienen consecuencias claras en el corto plazo.

La gran mayoría estuvo pendiente de la cercanía de Vladimir Putin con el príncipe árabe Mohammed bin Salman, en medio de la investigación por el asesinato de Jamal Khashoggi. O de cómo el mismo Bin Salman fue encarado por Macron. Pero las mayores noticias vinieron desde los compromisos en pos del libre mercado internacional y, en ambos casos, Donald Trump fue protagonista.

El primero fue el esperado acuerdo entre Canadá, EE.UU. y México, en reemplazo del Nafta. Los expertos concluyen que la retórica proteccionista con que Trumpemplazó a sus vecinos a la hora de iniciar las negociaciones fue inútil. El nue-

vo acuerdo reconoce lo importante que es el comercio regional en América del Norte, además de lograr mejorar las condiciones laborales de los trabajadores mexicanos a través de la imposición de salarios mínimos.

El segundo evento que tendrá consecuencias inmediatas es la tregua comercial entre China y EE.UU. En un almuerzo pos G20, los

presidentes Xi y Trump decidieron darse 90 días para negociar los nuevos términos de la relación comercial. De no ocurrir esta tregua, EE.UU. iba a subir los aranceles para productos chinos a un 25%, con inevitables consecuencias para el resto del mundo. Trump lle-

va meses alegando por la disparidad del comercio bilateral, pero su solución ha sido, consistentemente, apelar a más proteccionismo. Este camino le ha traído más de un problema, y en Buenos Aires se vio obligado a sentarse a la mesa y suspender sus amenazas.

Es cierto que China se comprometió a consumir más bienes desde

EE.UU., para balancear un poco más la relación, pero hubo acuerdos concretos. En los próximos 90 días de negociaciones el mundo estará expectante acerca del Presidente norteamericano y sus intenciones de apaciguar o escalar el conflicto. Pero está claro que la visión instrumental de Trump sobre los negocios internacionales ha chocado

contra la realidad de un mundo interconectado. Si hay algo que nos ha brindado el libre mercado es evidencia de que el proteccionismo ya no es tan útil como antes. La guerra comercial que inició EE.UU. no ha traído consecuencias positivas para nadie. Es de esperar que esta tregua

no se quede sólo en eso.

Al finalizar el G20, los países participantes sacaron una declaración condenando el proteccionismo y llamando a fomentar el comercio internacional libre, que tantos beneficios ha traído. Si el país más grande del grupo no aprende eso rápido, estamos todos en problemas.

“La visión instrumental de Trump sobre los negocios internacionales ha chocado contra la realidad de un mundo interconectado”.

Juan Pablo Schwencke

Socio Aninat
Schwencke & Cía.



Exigir más y dormir tranquilos

Una empresa asiática gana una licitación. Su oferta es 25% más barata que las presentadas por sus competidores europeos. ¿Nos querían “robar” los europeos? ¿Es su nueva forma de colonialismo? ¿O Chile es un mercado tan atractivo para los asiáticos que hicieron un esfuerzo descomunal sacrificando márgenes para ganar el proceso?

Si las materias primas son las mismas que utilizan asiáticos y europeos (que, a propósito, vienen de nuestra región o de África), la diferencia podría darse en los costos de la mano de obra y la utilidad que cada uno esté dispuesto a percibir. O sea, exagerando, algunos podrían especular que los asiáticos explotan a su gente para ver utilidades, o que los europeos sobrepagan a sus empleados y no renuncian por nada a sus ganancias. Seguro que la respuesta está a medio camino.

Y a nosotros, ¿qué nos conviene, en este caso, como clientes finales? Somos un país pobre y, por lo tanto, si nos ofrecen un precio conveniente, ¿debemos tomarlo? ¿Somos tan pequeños en el concierto global que, hagamos lo que hagamos, no vamos a cambiar al mundo y su lógica mercantil? ¿Sólo debemos preocuparnos de ser ágiles y tomar las oportunidades? ¿O nos debemos poner a escudriñar la trazabilidad de aquello que compramos: desde las granjas de animales, la explotación de trabajadores, el empleo infantil, y una larga lista de etcéteras?

Con verdades tan opacas —o pos-verdades y «fake news»—, un mundo tan interrelacionado y opciones tan binarias, cuesta mucho encontrar una respuesta.

Nadie quiere consumir productos fabricados por niños o empleados con salarios de unos pocos dólares al mes. Qué es lo más eficiente (Smith) o qué debería ser aplicable de manera universal (Kant): aquí una vez más está la tensión. ¿Miramos para el lado y compramos más barato? ¿O exigimos mejores estándares y pagamos más? Como país chico y “modelo” en la región quizás podemos hacer alguna diferencia. Muchas e importantes empresas extranjeras tienen más vértigo y apetito por trabajar con nosotros de lo que imaginamos. Somos ejemplo de estabilidad y transparencia en Latinoamérica, y una muy buena vitrina para luego desplegarse en otros países y regiones. Pagando un poco más a algunos o algo menos a otros, quizás podemos exigir más. Y así también dormir un poco más tranquilos en un mundo que es de ellos y nuestro.